

HOMILÍA EN EL 50º ANIVERSARIO DE LA FUNDACIÓN DEL MONASTERIO SANTA MARÍA MADRE DE LA IGLESIA

30 de enero de 2015

*V. Sea alabado y bendito Jesucristo.
R. Sea por siempre bendito y alabado.*

Él, a quien Dios puso como cabeza de todo y está glorificado en los cielos, en quien somos bendecidos con toda clase de bienes del Espíritu.

Él, en quien fuimos elegidos antes de la fundación del mundo para ser santos e inmaculados en la presencia del Padre.

Él, el Hijo amado en quien fuimos predestinados a ser hijos de Dios, para alabanza de la gloria de su gracia.

Él, perfecto glorificador del Padre, que nos hace ser a nosotros alabanza de su gloria.

Jesucristo es todo para nosotros. Por eso no podemos sino hablar de él y de todo en él, por él y para él.

En él **hacemos memoria**. Los hombres, en nuestra vanidad, queremos creer que todo comienza con nosotros, que la historia comienza en nuestro momento, que ahora sí vamos a dar en el clavo. Todo pecado es la vaciedad de desarraigarnos de la memoria de Cristo. Sin embargo el hom-

¹ Monseñor Alberto Sanguinetti es Obispo de la Diócesis de Canelones (Uruguay).

bre es memoria, antes que nada para no perderse en un antes que sea nada y para no engañarse en un futuro de ilusiones.

Nuestra fe es memoria, que no significa sólo saber cosas del pasado, sino recordar, es decir, traer a la mente y al corazón el origen del don.

Nuestra fe es memoria de la *creación*. No de una naturaleza entendida simplemente como una gran y amorfa nada muda, o un sinsentido para manipular a gusto. No, la creación como un don generoso, exuberante, sabio, ordenado por el Creador que es cariñoso con todas sus creaturas, que conduce todo por su Sabiduría, su Verbo, con la acción de su Santo Espíritu.

Nuestra fe es memoria de la *historia de la salvación*, de la caridad de Dios que se liga libremente, haciendo alianza con los hombres, y que es misericordioso y fiel a su propio amor.

Por cierto toda nuestra memoria se concreta, se concentra en **Jesús**, Hijo eterno de Dios e hijo de María, Señor y hermano, y en su obra definitiva: su muerte, su resurrección y glorificación.

Más aún, nosotros hacemos memoria de las obras de Dios y, por ello, de Dios mismo, **en la memoria de Cristo**. No es sólo un ejercicio nuestro: participamos de su memoria por obra del Espíritu Santo que nos recuerda todo. Él se acuerda del Padre que lo ha engendrado y lo ha enviado. Él se acuerda del amor con que nos amó hasta el fin. En él recordamos y reconocemos el amor del Padre que mira a Cristo, en quien nos ha creado y redimido, y se acuerda de su misericordia y fidelidad a favor de la casa de Israel.

La Iglesia Esposa y cuerpo del Esposo, es virgen fiel en la incontaminada memoria de su Cabeza y Señor. Llevada por el Espíritu que le prometió que nos recordaría todo, la Iglesia, confesando incesantemente la fe de la Tradición Apostólica, en la celebración de la Santa Liturgia, en la entrega de sus mártires y santos, vive en la actualizada memoria de Jesús.

Nuestra fe es memoria que se abisma en el fondo del sentido de todo. **La gracia de la elección**: “*No son ustedes los que me eligieron a mí, sino yo el que los elegí a ustedes*”². Eligió el Padre a los que quiso y porque quiso, según el designio de su voluntad, según su gracia.

Esta memoria cristiana es fruto y fuente de la *verdadera humildad*,

que sólo Cristo tuvo en toda la perfección posible y de la que María participó sin mancha: la humildad de reconocer que todo es don del Padre y alegrarse de que así sea, sin querer en nada mirarse a sí mismo, sino simplemente alabar y bendecirlo, obedeciendo y sirviendo a su designio de gracia.

La memoria de Cristo en el Espíritu de todo bien originado en el Padre de quien procede todo bien, con toda simplicidad, con toda humildad, produce la respuesta de amor, de gratitud, de alabanza, de olvido de sí, para gloria de Dios.

En Jesús, Hijo de Dios, en el Cristo por quien todo fue hecho, en el Ungido dador del Espíritu y en él de toda gracia, podemos mirar hasta lo más pequeño, para recordar el don de Dios, su sabiduría y su amor: hasta la más pequeña de las semillas, como el grano de mostaza en el que está el reinar de Dios.

Así hoy, estamos *haciendo memoria agradecida de esta pequeña iglesia*, esta comunidad y familia de mujeres reunidas por la elección del Padre, según su designio, por el llamado de Cristo, por la acción del Espíritu.

Esta comunidad monástica, en su historia, está formada por un sinnúmero de pequeños detalles, de acciones amorosas de Dios Providente que no podemos abarcar. Yo no voy a hacer ahora la historia —ni la visible y conocida, cuánto menos la invisible sólo de Dios conocida— de este tramo de la Historia de la Salvación que se actualiza entre nosotros. Para algunas de las mayores se agolparán los hechos, los dichos, las anécdotas, los momentos de esta obra de Dios. Otras habrán oído tantas cosas y, sobre todo, han vivido aquí, en el camino de la vocación monástica, los dones de la gracia de Jesucristo. Aquí vivieron la realización de la gracia de la elección, su realización en el cumplimiento de su mandato de amor mutuo y de verdad, de los que nos prometió fruto duradero. Él les dio su alegría para que esté en ustedes y en ustedes llegue a plenitud. Y todos nosotros, y muchos más, participamos de esta alegría.

La memoria agradecida abarca personas, grupos, situaciones, cosas. Menciono sólo algunas evocaciones, para espigar a modo de ejemplo. Atrás está la Asociación de estudiantes y profesionales católicas, con toda su vitalidad de cultura y fe, con la participación en la renovación litúrgica, con el P. Arturo Mossman. El río benedictino bebe en la Abadía de Santa Escolástica y todavía de allí subimos a San Pablo. Sin seguir un orden, quiero también evocar que de aquí el río pasó a Chile, a Santa María de Rautén.

La acogida de las benedictinas y su enraizamiento en esta Diócesis de Canelones, quede evocada y representada en Mons. Orestes Santiago Nuti, que las recibió y acompañó por tantos años.

Sin pretender mérito alguno, pero para no ser ingrato con mis mayores y, también porque me da mucha alegría, quiero recordar la entrega y constancia del círculo benedictino, con Teresa y Adelina Hughes García Lagos al frente; y a mi tía y madrina Manuelita, que fue instrumento para que esta tierra de mis mayores, con la gracia de Dios y la entrega de tantos, se volviera este jardín florido en la Santa Iglesia.

Y también de mi parte y de parte de tantos, agradezco la acogida en esta casa, la oración compartida, el testimonio de vida, la comunión en la gracia de Cristo, que para mí comenzó en el lejano 1972, cuando siendo diácono volví de estudiar en Europa.

Quiera el Señor bendecir más y más a esta comunidad, según la gracia de su elección para la santificación de las que han sido llamadas a buscar la paz y seguir tras ella. Que progresen en la vida monástica y en la fe, se dilate su corazón y corran con inefable dulzura de caridad por el camino de los mandamientos de Dios. Que participen de los sufrimientos de Cristo por la paciencia, a fin de merecer también acompañarlo en su reino (cf. *RB*, Prólogo). Que, como se los señalaba la Madre Mectildis, crezcan en el sentido de Iglesia, bajo la protección maternal y la guía de la Madre de Dios, con los tres caminos de la cruz, la Santa Regla y el Oficio divino.

Quiera también el Señor, por medio de esta comunidad monástica, hacer presente el don del camino de San Benito y Santa Escolástica, según su testimonio y su propia forma de vida.

Quiera el Señor en su bondad seguir entrando en la historia con nuevos llamados a este monasterio.

La fuente y la culminación de la memoria de esta historia de gracia están en el mismo corazón de Jesús y por eso la celebramos por él, con él y en él, para gloria del Padre, en la unidad del Espíritu Santo.

Es memoria eucarística, porque es memoria en la carne de Cristo, en su cuerpo que es la Iglesia. Todo don participa del don del cuerpo entregado y la sangre derramada. Todo don se vuelve verdadero sacrificio de alabanza, ofrenda de acción de gracias en el sacrificio eterno del Cordero inmaculado, que el Sumo Sacerdote ofrece ante el Padre y al que nos une por el rocío de su Espíritu.

Que nos acompañe Santa María, como guía y como madre, para que nos unamos a los coros angélicos y a la multitud de los santos, con todos los elegidos, para ofrecernos en acción de gracias a Dios, para ser alabanza de la gloria, aquí en este altar y en el altar del cielo, por Cristo, el Señor, a quien sea el honor, el poder, la gratitud y todo nuestro amor por los siglos de los siglos. Amén.

Obispado de la Diócesis de Canelones
Battle y Ordóñez 579
90000 CANELONES
URUGUAY